

IV. SEGUNDO DESTINO: Portero en la Universidad de Deusto de Bilbao

En el hall de Deusto se encontró con el H. Zuriarrain. “Sin duda es Vd. el H. Garate. ¡Bienvenido! Avisaré al P. Ministro”. Y mientras va en su busca, el H. Gárate observa una puerta y un pasadizo con un pequeño local para utensilios de limpieza. Una escalerita empinada va a una especie de entrepiso, válido quizá como trastera. Es muy angosto y su techo da en la bóveda de la primera planta, sensible a la curvatura de la pared. Un ventanuco forzado a la altura del suelo sirve de tragaluz. “¿Qué mejor trasto que yo para este albergue?”, se ha dicho el H. Gárate. Llega el P. Ministro y le dice:

- Le necesitaremos a Vd. de portero. En lo sucesivo cuidará Vd. la vigilancia de la entrada. Ya sabe Vd. Mucho movimiento. Esto no es La Guardia. Aquí tiene las llaves. Contará Vd. con un chico que le ayude. Lázaro Echevarría es un navarrico de Obanos. Procure enseñarle con su ejemplo y que no deje los actos de piedad. El H. Zuriarráin le indicará ahora cuanto necesite. Lleve las cosas a su aposento y descanse.

- Yo creo que me quedaré muy a gusto en ese cuarto, si Vuestra Reverencia me lo permite.
- ¿En ése?
- Está más cerca de la puerta y oiré mejor las llamadas.
- Si es así, como guste.

Tras un sueño reparador, cuando aún no ha amanecido y la Comunidad sigue durmiendo, el H. Gárate ha bajado la empinada escalerilla de su entrepiso, sosteniendo con arte una palangana de agua que va a verter en la tina de la fuente. La limpia con la mano y la llena otra vez con agua clara. Vuelve al entrepiso y coloca la palangana sobre una silla de paja. Silla y palangana son todo el ajuar de su habitación. Ahora baja, cruza un porche del patio y abre la puerta de la Capilla pública. Se postra con reverencia. Se levanta y va a descorrer la barra que cierra la puerta exterior. Vuelve a la Capilla. Se arrodilla en un banco de atrás. Su cuerpo está quieto, cristalino. Así lo halla el Padre que dice la Misa de 5 de la mañana para muchachas de servicio. Le ayuda la Misa.

Y comienza la tarea diaria en la portería.

Su madre había dicho de él: " "Si a este hijo mío no lo hacen santo con zapatos y todo, ¿a quién le van a hacer?".

Meses más tarde le llegará una carta con orla negra, firmada por su hermana M^a Cristina, que le notifica en euskera: “Ama se fue al cielo. Tendremos el funeral en la parroquia de Azpeitia”. El H. Gárate ha besado la carta, se ha postrado ante el Señor y ha pedido al P. Pagazaurtundua diga una Misa por ella.

El 10 de agosto de 1890 fue nombrado nuevo Rector: el P. Francisco de Sales Muruzabal, que gustaba de emplearse en ministerios espirituales. A través de él conocieron al H. Gárate las Religiosas de los Ángeles Custodios, fundadas por D^a Rafaela Ibarra, que se prestaron enseguida a ayudarle en ciertas labores, como

reparar la ropa de la Sacristía y lavar los Corporales. Se admiraban de la gracia y solicitud que ponía el Hermano en recibirlas y comentaban entre ellas que tenían en Deusto dos jesuitas: uno para fundador (el P. Muruzabal) y otro para santo (el H. Gárate).

Por aquel tiempo se cebaba en toda Europa una epidemia de pulmonía y bronquitis. En Deusto cayeron en cama un centenar de enfermos. El H. Gárate deja a Lázaro Echevarría en la recepción y se le ve subiendo y bajando escaleras: unas veces lleva mantas y sábanas limpias que trae de la ropería, otras hace equilibrios con una bandeja llena de vasos, frascos y medicinas con destreza de oficio. Lo malo es que no descansa por la noche y, como en La Guardia, se queda a velar a alguno que tiene fiebre más alta. Por toda razón dice: "Ya habrá tiempo de descansar allí". Hasta que el H. Enfermero le dice: "Ahora a Vd. le toca obedecer. Gracias y váyase a dormir". Pero el H. Gárate pasa todavía un buen rato en la Capilla y al día siguiente le encuentran otra vez en ella a la hora acostumbrada.

El 2 de octubre de 1892, en la Congregación General celebrada en Loyola, es elegido General de la Compañía de Jesús el P. Luis Martín. El Claustro de Profesores de Deusto, con un grupo de alumnos, fue a Loyola a felicitar al que había sido primer Superior de la Escuela de Estudios Superiores. El H. Gárate tenía un motivo más para ir a Loyola: la todavía reciente muerte de su madre. Pero no fue. Preguntado sobre su posible participación en el viaje, respondió así: "Creo que el P. General no notará mi ausencia entre tantas felicitaciones que le darán".

No ha olvidado aquellas primeras indicaciones del P. Ministro. Una de ellas es la de que enseñe piedad a los empleados. Y lo hace a la perfección. Sobre todo a base del rezo del Rosario. Ellos le toman enseguida mucho cariño, y viceversa. Algunos nos han dejado sus recuerdos escritos.

Joaquín Elícegui (futuro jesuita).- "Acudía inmediatamente al Superior, cuando por mi medio recibía recado de que debía ir a él. Atendía tres Capillas –pública, estudiantes y Comunidad– y sus Sacristías. Alguna vez ayudaba en el jardín, aunque había un jardinero seglar (el Sr. Marcos Marañón) para los jardines delanteros. Si nos indicaba que limpiásemos la escalera de una manera determinada y nosotros le sugeríamos que sería mejor de otra, inmediatamente lo aceptaba. Trataba a todos muy caballerosamente y con mucho cariño. Un cariño que se veía brotar sinceramente de él, nada fingido ni pegajoso. Se daba a todos, era muy servicial. No evitaba las ocasiones de servir, antes bien se adelantaba. En esta materia no hacía distinción de personas, ni de Superiores ni de inferiores. A todos servía todo lo que podía. Yo creo que su amor al prójimo derivaba de su amor a Dios. Nosotros notábamos diferencia, comparado con los demás, en la forma que tenía de tratar al prójimo. A las personas afligidas las hablaba como apenado. No tenía ningún enemigo".

Enseguida notaba cuando los alumnos trataban de introducir licores u otra cosa prohibida, y avisaba al Prefecto. A sus subordinados nos mandaba con cariño. No recuerdo una reprensión amarga. A lo sumo algún pequeño pellizco en el brazo cuando hacíamos una cosa mal. No nos mandaba más trabajo que el que pudiésemos

fácilmente hacer, y él nos daba ejemplo yendo por delante. Muchas veces prefería hacer las cosas que molestar, aun a los empleados. Nunca se olvidaba de cumplir sus promesas, cuando las había hecho por algún trabajo extra que nos mandara. Aprovechando la circunstancia de que guardábamos las escobas debajo del tablado de su aposento, asomé la cabeza por ver cómo lo tenía.

Tenía incluso menos cosas que nosotros, los sirvientes. Nosotros teníamos trípode para la palangana y la jarra. El tenía simplemente una jofaina sobre la silla. Cuando quería lavarse o afeitarse, tenía que bajar con su jofaina a tomar agua de la fuente del patio. Se lo vi hacer, cuando no había podido hacerlo antes. Usaba cilicio. Aun de pie cabeceaba a veces, falto de sueño, por lo que procuraba moverse. Creo que hacía la oración de la mañana delante de la Capilla de alumnos, en la parte alta de la escalera principal, junto a una columna, pero sin apoyarse en ella. Muchas veces le encontrábamos allí, cuando íbamos a comenzar nuestras labores. Para entonces había ayudado a Misa. Aprovechaba ratos de calma para retirarse a orar en alguna habitación de la portería. Los días de fiesta hacíamos la limpieza de los bancos de la Capilla como de ordinario, pero nosotros nos dábamos prisa para quedar libres. Él lo notaba y nos advertía que no habíamos hecho bien la limpieza y, con suavidad, sin enfadarse, decía: “No tenéis que hacer las cosas porque os vean, sino por Aquél”, y apuntaba al Sagrario. Nos inculcaba la devoción al Santísimo Sacramento, diciendo que hiciésemos el saludo con respeto. Con frecuencia se le escapaban los nombres ‘Jesús, María y José’. Cuando rezábamos el Rosario paseando, a veces nos hacía sentar, pero él seguía en pie. ¡Tenía una sonrisa cuando hablaba de Dios! Nos decía: “Si en este mundo somos mal pagados, no ocurrirá así en el otro”, “No procedáis bien para ser vistos de los hombres, que Dios será nuestro pagador”. Y los días de fiesta: “A la tarde querréis jugar a la pelota, pues vamos a rezar”. Y rezábamos el Rosario... Cuando llegaban pobres, iba a la cocina a procurarse algo para ellos. El Hermano Cocinero (Bereciartúa, el de Katxalan), paisano suyo, le recibía algo bruscamente, pero terminaba dándole todo lo que pedía. Aconsejaba a los pobres que cumpliesen con sus deberes religiosos. Les preguntaba si habían oído Misa y les exhortaba a no dejarla.

El cambio de siglo trajo ‘profundas’ novedades en Deusto. Los alumnos pudieron celebrar las Navidades en sus propias casas.

Y un día de San Alonso Rodríguez sucedió un caso insólito en las costumbres del H. Gárate: Se ofrecía la oportunidad de una visita a la Madre de Dios de Begoña. “Si Vd. me acompaña...”. Y el H. Gárate se avino a la invitación. Casi puede uno imaginarse la modestia del H. Gárate, revestido de su preceptivo manteo, al caminar por la Ribera de Deusto hasta El Arenal, saludar a su paso por San Nicolás, atravesar el Casco Viejo y emprender la subida hacia el Santuario. Con qué gozo atravesó el pórtico de Begoña y se postró ante la imagen de Nuestra Señora.

La pérdida de las colonias y el caos social tenían a España empobrecida y en el paro. Por entonces arraigó especialmente la imagen del H. Gárate limosnero, uno de los aspectos más típicos de su actividad. Filas de pobres, hombres y mujeres, mal trajeados, malolientes y sucios, y algunos de ellos enfermos, pasaban dos veces por

semana por la puerta de la Universidad. El Hermano había recorrido las mesas del comedor de alumnos con su gran bolsa de boca corredera recogiendo los mejores pedazos sobrantes. Pasaba con ello a la cocina y los adecentaba con un cuchillo, mientras observaba si había quedado algo de pescado o algo más sustancioso. “Venían tantos los días señalados –recuerda un empleado– que subían por una escalera y bajaban por la otra. Y si alguno se ponían en la cola dos veces, le advertía: "Vd. ya ha tomado antes".

En 1920 la fama del H. Gárate empieza a ser proverbial en Deusto. Según el H. Arrarte, ya venía con esta fama desde La Guardia. Pero desde ahora comenzó a tomarse más en serio. Un día el P. Ministro pidió que se tuviera cuidado en recoger y guardar motivos para su posible elevación a los altares. Los Hermanos eran obviamente los que más sabían de él. Y fueron ellos los que los recogieron a montones, aunque no sólo ellos, claro está.

El M. R. P. General Ledokowski visitó en 1922 los principales centros de la Asistencia de España. Y por supuesto, se llegó hasta Deusto. Toda la Comunidad le recibió formando amplio corro en el hall de la Universidad. Tras un primer aplauso de acogida, el P. General abrazó a todos, uno por uno. Y más tarde, a toque de campana, toda la Comunidad se reunió en la escalinata para la foto de rigor. Alguien corre la voz de que falta uno: el H. Gárate. El P. Rector ordena esperar hasta que venga. Y al fin aparece entre la general algazara. Así se logra la única toma de frente del rostro del H. Gárate.

El 2 de febrero de 1924 se festejaron en Deusto las Bodas de Oro del H. Gárate. La Comunidad le obsequió especialmente durante la comida. Y volvió a aceptar un paseo hasta Begoña para dar gracias a la Madre de Dios. Pero los años no perdonan. Y aparecieron por entonces los primeros achaques. Enfermó varias veces de erisipela. Pero siguió trabajando a pesar de todos los pesares. Y a sus 71 años sucedió lo previsible: subido a una escalera cuando limpiaba la parte alta del hall, se cayó magullándose un brazo y fracturándose algunas costillas. Pero ni le dio importancia ni cambió su ritmo de vida. Todo se reducía a ‘unas molestias’.

En la época de la Dictadura de Primo de Rivera, había sido nombrado Ministro de Economía D. Francisco Moreno, Conde de los Andes, uno de los primeros alumnos de la Universidad. Sus antiguos conocidos organizaron una comida de homenaje en Deusto. Al llegar al hall, en mitad del barullo, el Ministro alzó la voz en ademán de pedir silencio. Y señalando al portero dijo a todo el mundo: “¡¡¡Aquí está el santo!!!”. El H. Gárate, sin levantar la vista, respondió: “Tú siempre el mismo. ¡Poca cabeza! ¡Poca cabeza!”. La carcajada fue general. ¡El H. Gárate era el único que en toda España podía decir tranquilamente al Ministro de Economía que tenía poco seso! Se tuvo el banquete y el homenajeado pidió al Rector P. Sagarminaga, que llamase al Hermano. Fue el peor sofocón que podían darle. Pero obedeció. Recibió una estruendosa ovación, la gran ovación de su vida en este mundo. En cuanto pudo, se escurrió y regresó a la portería.